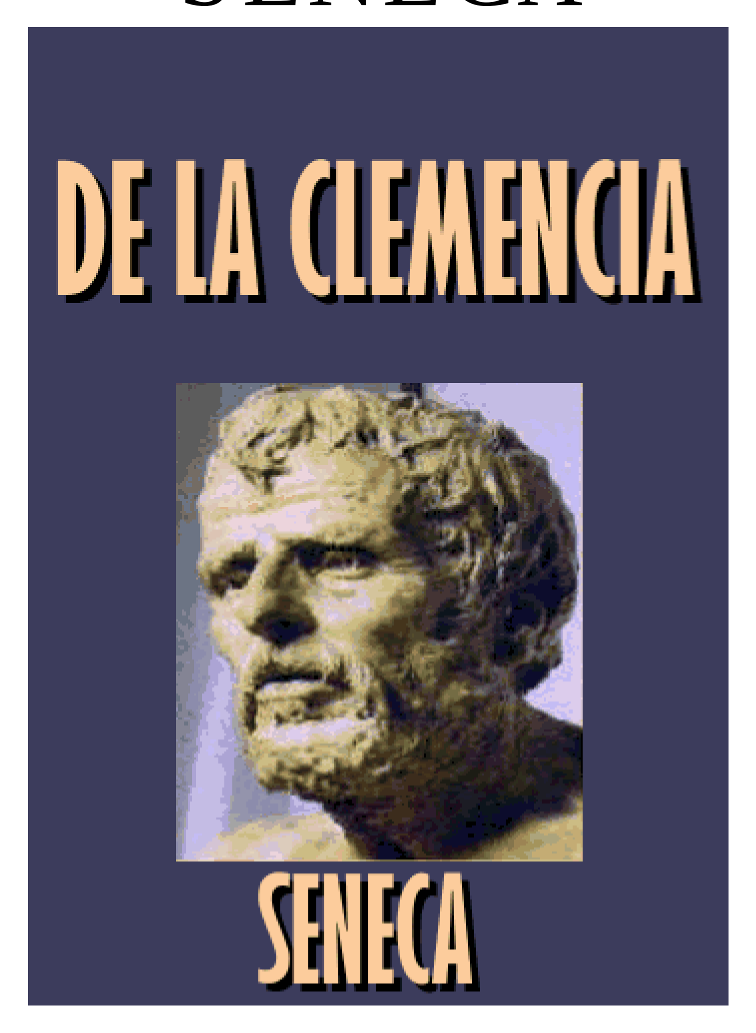


DE LA CLEMENCIA

SÉNECA



AL EMPERADOR NERÓN

Libro Primero

I. Me he propuesto, ¡Oh César Nerón!, escribir de la clemencia para hacer en cierto modo de espejo y presentando tu imagen a tí mismo, hacerte llegar al placer mayor de todos. Porque aunque en realidad el verdadero fruto de las obras rectas sea el haberlas hecho y no haya ningún premio digno de las virtudes fuera de ellas mismas, es grato examinar y recorrer una buena conciencia, y luego dirigir la vista a esa inmensa muchedumbre, discorde, sediciosa, desgobernada, dispuesta a correr tanto a la destrucción de los demás como a la propia, si rompiera este yugo, y hablar así consigo mismo: "¿Por ventura he sido yo de todos los mortales el que agradé a los Dioses y fui elegido para hacer en la tierra las veces de ellos? Soy yo, para los pueblos, el árbitro de la vida y de la muerte: la suerte y condición que tenga cada uno está en mi mano; lo que la fortuna quiera dar a cada uno, los pronuncia por mi boca; de nuestra respuesta los pueblos y las ciudades conciben causas de alegría; ninguna parte del mundo es próspera sino por mi voluntad y favor; todos estos millares de espadas, que contienen mi paz, serán desenvainadas a una señal mía; las naciones que han de ser destruidas totalmente, las que han de trasladarse, a cuáles se les ha de dar libertad, a cuáles se les ha de quitar, qué reyes han de hacerse esclavos, cuáles cabezas conviene que ciñan la diadema regia, qué ciudades han de derrumbarse, cuáles han de nacer, es derecho mío decretarlo. Con este poder tan grande ni la ira, ni el ímpetu juvenil, ni la temeridad, ni la obstinación de los hombres, que con frecuencia acaban con la paciencia de los más tranquilos, ni la gloria, dura pero frecuente en los muy poderosos, de manifestar su poder por el terror, me han impulsado a suplicios injustos. Envainada, más aun, atada a mi lado, tengo la espada; suma es mi parsimonia aún de la sangre más vil; no hay nadie que, si le faltan otros títulos, no encuentre gracia en mí por ser hombre. Tengo escondida la severidad, pero a la vista la clemencia; me comporto como si hubiera de dar cuenta a las leyes, que del olvido y de las tinieblas yo he traído a la luz del día. Me conmovió la poca edad del uno, la vejez del otro: perdoné a uno por su dignidad, a otro por su bajeza; cuando no encontré ninguna razón de misericordia, me perdoné a mí mismo. Si hoy los Dioses inmortales me pidiesen cuentas del género humano, estoy preparado para devolvérselo hombre por hombre.

Audazmente puedes proclamar, oh César, que todas las cosas que han sido puestas bajo tu fidelidad y tutela están segura y que nada por ti

se le quita a la República o por la violencia o clandestinamente. Aspiraste a una rarísima alabanza, hasta ahora no concedida a ningún príncipe: la de no dañar. No ha sido este esfuerzo en vano, ni ésta tu singular bondad ha encontrado apreciadores malignos o ingratos. Se te agradece: nunca fue un hombre tan querido para otro como tú para el pueblo romano, del que eres el mayor y duradero bien. Pero te has impuesto una gran carga; nadie habla del divino Augusto, ni de los primeros tiempos de Tiberio César, ni nadie busca fuera de ti un ejemplar que quiera que tú imites; se exige que tu principado sea a tu propio gusto. Difícil sería esto, si esta bondad no te fuese natural, sino afectada temporalmente. Porque nadie puede llevar un disfraz durante mucho tiempo; las cosas fingidas pronto vuelven a su condición natural; lo que se sostiene en la verdad y nace, por así decirlo, de lo sólido, con el tiempo va a más y mejor.

Grande era el azar que corría el pueblo romano, pues era incierto lo que daría de sí esta tu noble índole; los deseos públicos ya están asegurados, porque no hay peligro de que te capte un súbito olvido de ti mismo. La demasiada facilidad hace ciertamente a los hombres codiciosos y nunca son los deseos tan moderados, que cesen cuando consiguen su objeto, sino que pasan de cosas grandes a otras mayores, y cuando se consigue lo inesperado se fomentan las más insensatas esperanzas; ahora, sin embargo, todos tus súbditos confiesan que son felices y que a lo que ya tienen nada se puede añadir, sino que sea perpetuo. A esta confesión, que es lo último que hace el hombre, le obligan muchas cosas: profunda seguridad, abundancia, el derecho puesto sobre toda injuria; se ofrece a los ojos la forma más alegre de la República, a cuya suprema libertad nada le falta sino el permiso de destruirse a sí misma. Lo principal, sin embargo, es que igual admiración por tu clemencia ha llegado a los más elevados y a los más bajos; porque los demás bienes los siente cada uno en proporción con su fortuna y los espera mayores o menores; de la clemencia todos esperan lo mismo, y no hay nadie tan complacido en su inocencia que no se goce de estar en presencia de la clemencia, propicia a los errores humanos.

II. Sé que hay algunos que piensan que la clemencia sostiene al peor, porque sin crimen es superflua, y es la sola virtud que no tiene sentido entre inocentes. Pero, en primer lugar, así como la medicina sólo se usa entre los enfermos, pero también es estimada por los sanos, así también aunque invoquen la clemencia los merecedores de castigo, también la reverencian los inocentes. En segundo lugar, también tiene la clemencia su lugar entre éstos, porque a veces el infortunio se tiene como culpa: no sólo socorre a la inocencia la clemencia, sino también con frecuencia a la virtud, porque por la condición de los tiempos suceden tales cosas que pueden ser castigadas las laudables. Añade a esto que la mayoría de los hombres delincuentes pueden volver a la penitencia si se les perdona el castigo. Sin embargo, no conviene perdonar a todo el mundo, pues cuando se quita la diferencia entre los malos y los buenos, nace la

confusión y brotan los vicios; por eso ha de usarse de una moderación que sepa distinguir entre los caracteres curables y los que no tienen remedio. Ni conviene tener una clemencia común y vulgar, ni tampoco estrecha, pues tanta crueldad es perdonar a todos como a ninguno. Debemos tener mesura, pero como el equilibrio es difícil, lo que haya de ser más de lo justo, inclinarse a la parte más humana.

III. Pero esto se dirá mejor en su lugar. Ahora dividiré en tres partes toda esta materia. La primera será de la remisión del castigo; la segunda, la que muestre la naturaleza y manera de ser de la clemencia; pues como hay algunos vicios que imitan a las virtudes, no pueden distinguirse como no marques las señales por las que se reconocen; en tercer lugar, buscaremos cómo se conduce el ánimo a esta virtud, cómo la confirma y con el uso la hace suya.

Es necesario convencerse de que ninguna de todas las virtudes conviene más al hombre, pues ninguna es más humana; esto es verdad no solamente según nosotros, que queremos que aparezca el hombre como un animal social, nacido para el bien común, sino también según aquellos que destinan el hombre al placer y refieren a su propia utilidad todos sus dichos y hechos; porque quien desea la quietud y el recogimiento, alcanzó ya esta virtud, que ama la paz y retiene la mano, más conforme a su naturaleza. A nadie, sin embargo, conviene tanto la clemencia, como al rey o al príncipe. Porque los grandes poderes son para honor y gloria, si su influencia es saludable, como es funesta la fuerza que vale para dañar. Finalmente es estable y fundada la grandeza de quien todos saben que está por encima de ellos y en favor de ellos, cuyos cuidados en atender al bienestar de cada uno y de todos diariamente experimentan; que, cuando sale al público, no le huyen como si un monstruo o un animal nocivo saltase de su cubil, sino que a porfía corren a él como a un astro luminoso y benéfico. Para defenderlo están dispuestísimos a ofrecerse al puñal de los asesinos y echar sus cuerpos por tierra, si para salvarlo, hay que hacerle camino con una matanza humana; defienden su sueño con centinelas nocturnos, lo protegen formando un círculo a su alrededor y hacen barrera contra los peligros que le asaltan.

No es sin razón este consentimiento de los pueblos y de las ciudades en proteger y amar de este modo a los reyes y en sacrificarse a sí y a sus cosas, siempre que lo exige la salvación del que los manda; ni es vileza o locura que tantos miles empuñen la espada por uno solo y que con muchas muertes se rescate una vida, a veces la de un hombre viejo e inválido.

Así como todo el cuerpo sirve al alma y, aunque el cuerpo sea mucho mayor y más hermoso y el alma más sutil, imperceptible y oculta en sitio desconocido, las manos, los pies y los ojos están a su servicio, y la piel la defiende, y por orden suya descansamos o corremos inquietos; si ella lo manda, escudriñamos los mares en busca de ganancias, cuando es un señor avaro; o si es ambicioso, ponemos la mano derecha en el fuego o

voluntariamente nos precipitamos en una sima; así también esta inmensa muchedumbre, agrupada en torno de la vida de uno, se rige por el espíritu de éste y se doblega a su razón, mientras que sucumbiría o se quebrantaría con solas sus propias fuerza, si no la sostuviera la prudencia de aquél.

IV. Están, pues, salvando su propia vida, cuando por un hombre van diez legiones al combate y corren a las primeras líneas y oponen sus pechos a las heridas para que no caigan las banderas de su soberano. Porque éste es el vínculo por el que permanece unida la República, el aliento vital que respiran tantos miles, que no serían los mismos más que carga y botín, si se les sustrajera la mente que los gobierna.

Salvo el rey, todos tienen una mente;
muerto, rompen los pactos.
(Virgilio Geórgicas,IV,212)

Esta calamidad sería la destrucción de la paz romana, convertiría en ruinas la fortuna de un gran pueblo; estará lejos de este peligro ese pueblo tanto tiempo cuando sepa llevar los frenos, pero si alguna vez los rompe o por algún azar se relajan, no consentirá que se los vuelvan a poner; esta unidad y esta ensambladura de tan gran imperio saltaría en mil pedazos y esta unidad dejaría de dominar tan pronto como dejara de obedecer. Por eso no es de maravillar que los príncipes y los reyes y los que con cualquier nombre son defensores del Estado sean amados más que se ama a los amigos privados, pues si para los hombres cuerdos los intereses públicos están sobre los privados; es lógico que sea también más querido aquel en quien se ha transformado la República. Porque ya desde muy antiguo se identificó tanto el César con la República que no pueden separarse el uno de la otra sin que ambos perezcan; porque el César tiene necesidad de fuerza, y la República de cabeza.

V. Tal vez parezca que mi razonamiento se ha alejado mucho de lo propuesto, pero, a fe mía, está apretando la misma cosa. Pues sí, como hasta ahora se colige, tú eres el alma de tu República y ésta es tu cuerpo, ves, según pienso, cuán necesaria es la clemencia: porque te perdonas a tí mismo cuando parece que perdonas a otro. Se ha de perdonar, pues, aun a los ciudadanos culpables, como si fueran miembros enfermos, y si alguna vez es necesario derramar sangre, ha de contenerse la mano para que no hiera más de lo necesario. Como decía, pues, conviene la clemencia a todos los hombres según la naturaleza, pero principalmente a los que mandan, tanto más por cuanto en ellos tienen más que guardar y mayor campo en que se manifieste. ¡Cuán poco, en efecto, daña la crueldad privada! La crueldad de los príncipes es la guerra. Aunque haya concordia entre las virtudes y ninguna sea mejor o más honrada que la otra, hay algunas, sin embargo, que convienen más a determinadas personas. Conviene la magnanimidad a cualquier mortal, hasta a aquel debajo del cual no hay nadie: porque ¿qué mayor o más fuerte que vencer

el infortunio? Y, sin embargo, esta magnanimidad tiene más amplio lugar en la buena fortuna y se ve mejor en lo alto de un tribunal que en la llanura.

La clemencia, en cualquier casa que entre, le hará feliz y tranquila, pero en el palacio, cuanto más rara es, tanto es más admirable. Porque ¿qué más digno de recuerdo que aquel cuya ira no tiene obstáculos, cuya sentencia más pesada recibe el asentimiento de los mismos, que por ella perecen, a quien nadie ha de interpelar, más aun, ni siquiera suplicar, si se enojó con más vehemencia, se haga violencia a sí mismo y que use de su poder mejor y más plácidamente pensando para sí: "Matar contra la ley todos pueden; salvar, nadie sino yo". A una gran fortuna conviene un gran ánimo, el cual, si no se levanta a gran altura y está tan alto como ella, la echa abajo por tierra; propio es de una gran ánimo estar plácido y tranquilo y despreciar altivamente injurias y ofensas. Es de mujeres arrebatarse por la ira, y de fieras, y no de las más generosas, morder y escarnizarse en los caídos. Los elefantes y los leones pasan de largo cuando derriban a sus enemigos; el ensañamiento es de bestia innoble. No está bien en el rey una ira cruel e inexorable, porque no se eleva mucho sobre el otro, sino que irritándose se iguala a él; pero si da la vida, si da dignidad a los que peligran y merecieron perderla, hace lo que no puede nadie, sino el poderoso: porque la vida puede quitarse aun al superior, pero no se da sino al inferior. Salvar es propio de la mejor fortuna, y nunca debe ser más admirada, que cuando le acontece poder lo mismo que los Dioses, por cuya merced somos todos alumbrados, los buenos y los malos. Atribuyéndose, pues, el modo de ser de los Dioses, vea el príncipe gustoso a aquellos de sus súbditos que son buenos y útiles, deje a otros hacer número; gócese con que existan los unos y tolere a los otros.

VI. Piensa cuánta soledad y devastación habría en esta ciudad, en que la turba circulando sin cesar por calles amplísimas choca siempre que se le pone algún obstáculo que demore su curso de torrente rápido, donde se necesitan al mismo tiempo tres espaciosos teatros, en la que se consume lo que se produce en todas las tierras, si no se dejase en ella más que lo que diera por bueno un juez severo. ¿Cuántos cuestores hay que no sean reprensibles ante la misma ley en cuyo nombre interrogan? ¿Cuántos acusadores carecen de culpa? Y no sé si hay alguien más difícil para dar el perdón que el que tuvo que pedirlo con frecuencia. Todos pecamos, unos grave, otros levemente, unos con deliberación, otros impulsados fuertemente o arrastrados por la maldad ajena; unos permanecimos con poca fortaleza en los buenos propósitos y perdimos la inocencia de mala gana y con resistencia; no solamente hemos delinquido, sino que delinquiremos hasta el fin de la vida. Aunque alguno haya purificado ya tan bien su ánimo, que nada pueda en adelante desviarle y engañarle, sólo pecando ha llegado a la inocencia.

VII. Puesto que hice mención de los Dioses, propondré al príncipe el mejor ejemplo que imite: que sea para sus súbditos como quiere que los

Dioses sean para él. ¿Le convendría que las deidades fueran inexorables con sus pecados y errores, que fueran hostiles hasta la última destrucción? ¿Cuál de los reyes está seguro de que sus restos no los recogerán los arúspices? Si los Dioses clementes y justos no castigan con rayos inmediatamente los delitos de los poderosos, ¡cuánto más equitativo es que el hombre que gobierna a hombres ejerza el mando con ánimo apacible y piense cuál estado es más agradable y hermoso a los ojos: si el día sereno y puro o cuando todo se estremece con frecuentes truenos y los rayos resplandecen por todas partes! Pues no es otro el aspecto de un imperio tranquilo y moderado que el de un cielo sereno y luminoso. Un reino cruel es turbulento y obscurecido de tinieblas; todos se estremecen y tiemblan ante un repentino sonido y ni el mismo que todo lo perturba puede permanecer tranquilo. Con más facilidad se excusa al hombre particular su tenacidad en la venganza, porque puede ser dañado y el resentimiento procede de la injuria; además teme el desprecio y que no devolver el castigo a quien le dañó, parezca debilidad y no clemencia; pero quien tiene la venganza en la mano, si la omite, consigue ciertamente fama de bondadoso.
En posición más humilde hay más libertad para levantar la mano, disputar, trabar pendencia y dejarse llevar de la ira: entre los iguales los golpes son ligeros; en un rey degradan su majestad hasta los gritos y la destemplanza de las palabras.
VIII. Piensas que es cosa grave que se quite a los reyes la libertad de hablar que tienen los más humildes. "Esto es servidumbre, dices y no imperio". ¿Qué? ¿No comprendes que el imperio es para nosotros y para tí la servidumbre? Otra es la condición de los que permanecen ocultos entre la muchedumbre de la que no sobresalen, cuyas virtudes han de luchar durante mucho tiempo para manifestarse y cuyos vicios están en las tinieblas; vuestros hechos y dichos los recoge la fama y, por consiguiente, nadie ha de cuidarse más de la que tenga que aquellos que, sea cual fuere la que merezcan, la han de tener muy extensa. ¡Cuántas cosas no te son permitidas que nosotros para tu bien podemos hacer! Puedo pasearme solo por cualquier parte de la ciudad sin temor alguno, aunque no me siga ninguna escolta, ni tenga en casa ni al lado ninguna espada; tú, en medio de la paz, has de vivir armado. Tú no puedes separarte de tu fortuna; te tiene sitiado y, adonde quiera que fueres, te sigue con gran aparato. Ésta es la servidumbre de la suprema grandeza: no poderse empequeñecer; pero esta imposibilidad te es común con los Dioses. Pues a ellos también el cielo los tiene ligados, ni les es más fácil descender a ellos que a ti seguro hacerlo; estás clavado a tu grandeza. Pocos se percatan de nuestros movimientos: podemos salir, entrar y cambiar de costumbres sin que el público se dé cuenta; a tí te es tan difícil esconderte como al sol. En torno tuyo hay mucha luz y hacia ella están vueltos los ojos de todos. ¿Te imaginas que puedes salir simplemente? Tu salida es como la de un astro. No puedes hablar sin que oigan tu voz las

gentes de todas las tierras; no puedes irritarte sin que tiemblen todos, porque no puedes castigar a nadie sin que se conmuevan los que están a su alrededor. Así como los rayos caen con peligro de pocos, pero con miedo de todos, así los castigos de los muy poderosos esparcen el temor mucho más lejos que el daño, y no sin razón, porque de aquel que todo se piensa no tanto lo que haya hecho, sino lo que ha de hacer. Añade ahora que en los hombres privados la paciencia después de las injurias recibidas les expone a recibir otras; pero la clemencia hace más cierta la seguridad de los reyes, porque el castigo frecuente reprime el odio de pocos e irrita el de todos. Conviene que acabe antes la voluntad que la causa del ensañamiento; de otro modo, así como los árboles podados rebrotan en muchas ramas, y muchas clases de árboles, para que broten más espesos, se cortan y se vuelven a cortar, así también la crueldad de los reyes aumenta el número de los enemigos, suprimiéndolos, porque los padres y los hijos de los que son muertos, y los parientes y los amigos ocupan el puesto de cada uno de los que sucumbieron.

IX. Te quiero probar cuán verdadero es esto con un ejemplo de tu familia. El divino Augusto fue un príncipe clemente, si se le empieza a juzgar desde los principios de su reinado, pero cuando tuvo el poder en común con otros, usó de la espada. Siendo de la edad que tú tienes ahora esto, pasados los dieciocho años, ya había clavado el puñal en el seno de los amigos, ya había insidiosamente apuntado al costado del cónsul Marco Antonio, ya había sido su colega en las proscripciones. Pero cuando hubo pasado de los cuarenta y estaba en Galia, se le llevó la prueba de que Lucio Cinna, hombre necio, le armaba asechanzas; se le dijo dónde, cuándo, y cómo quería agredirlo; le delataba uno de los cómplices. Determinó vengarse de él y mandó que se reuniera el consejo de los amigos. Pasó inquieto la noche pensando que un adolescente noble, irreprochable salvo en esto, nieto de Cneo Pompeyo, había de ser condenado; ya no podía matar a un solo hombre el mismo a quien había dictado Marco Antonio en una cena el edicto de proscripción. Gimiendo emitía con frecuencia palabras incoherentes y contrarias entre sí: "¿Pues qué? ¿Consentiré que ande seguro mi matador, estando yo en cuidado? ¿No pagará su pena quien, después que he sido acometido en vano en tantas guerras civiles, después que he salido incólume en tantas guerras terrestres y navales, después que puse paz en la tierra y en el mar, ha determinado no matarme, sino inmolarme? (pues había decidido atacarle mientras sacrificaba). Tras un silencio, de nuevo se irritaba con más recia voz consigo mismo más bien que con Cinna: "¿Por qué vives, si tu muerte interesa a tantos? ¿Cuándo acabarán los suplicios? ¿Cuándo la sangre? Yo soy la cabeza expuesta a los jóvenes nobles para que en ella agucen los puñales; no vale tanto la vida sí, para que yo no perezca, tantos han de morir". Lo interpeló, por fin su mujer Livia y dijo "¿Admites mi consejo femenino? Haz lo que acostumbran los médicos, que, cuando no aprovechan dos remedios usuales, emplean los contrarios. Hasta ahora no

has aprovechado con la severidad: Lépido siguió a Salvidieno, a Lépido, Murena, a Murena, Cepión, a Cepión, Egnacio, para callar a otros, cuya gran osadía da vergüenza. Ensaya ahora cómo te irá con la clemencia; perdona a L. Cinna. Está descubierto: dañarte ya no puede, pero puede contribuir a tu fama". Gozoso Augusto por haber encontrado tal abogado, dio gracias a su mujer, despachó inmediatamente contraorden a los amigos que había citado a consejo, y llamó únicamente a Cinna; después de que hubo hecho salir a todos de la cámara y que se le pusiese otra silla a Cinna, dijo: "Lo primero que te pido es que no me interrumpas mientras hablo, ni grites en medio de mis palabras; te será dado tiempo para que hables libremente. Yo, Cinna, a pesar de haberte encontrado en el campo de mis enemigos, no porque tú te hicieras enemigo mío, sino porque naciste tal, te salvé y te concedí todo tu patrimonio. Hoy eres tan feliz y tan rico, que los vencedores envidian al vencido. Te di, cuando me lo pediste, el sacerdocio, posponiendo a otros muchos, cuyos padres habían militado conmigo; habiéndote así favorecido, determinaste matarme". Como a estas palabras dijese Cinna a voces que estaba muy lejos de él esta locura, Octavio dijo: "No cumples lo prometido, Cinna, se había convenido que no me interrumpieras. Repito que te preparas a matarme"; añadió el lugar, los cómplices, el día, el plan de la conspiración, a quién se le había encomendado el golpe. Viéndole con los ojos bajos y en silencio, no tanto por respeto a lo convenido, como por su conciencia, le dijo: "¿Con qué intención haces esto? ¿Para ser tú el príncipe? A fe mía, que se trata mal al pueblo romano, si tú no tienes para reinar más obstáculo que yo. No puedes sostener tu casa; hace tiempo, en un juicio civil, te venció la influencia de un liberto; por eso nada para tí más fácil que pleitear con el César. Si yo soy el único obstáculo a tus esperanzas, te cedo la partida; ¿te sostendrán Paulo y Fabio Máximo y los Cosos y los Servilios y tan imponente multitud de egregios varones, que no llevan nombres nuevos, sino los de aquellos que son honrados en las estatuas?

Para no llenar gran parte de este volumen repitiendo todas sus palabras (pues consta que habló por más de dos horas para alargar esta pena con la que exclusivamente había de contentarse), dijo: "Por segunda vez te doy la vida: primero la di a un enemigo, ahora a un conspirador y parricida. Desde hoy comience la amistad entre nosotros; compitamos si soy yo más leal en darte la vida que tú en debérmela". Después de esto, le dio espontáneamente el consulado, que no se había atrevido a pedir. fue muy amigo de Octavio y fidelísimo; él fue su único heredero. Y no se hizo ya ninguna conspiración contra él.

X. Perdonó tu bisabuelo a los vencidos, pues si no los perdonara ¿a quiénes hubiera gobernado? Reclutó a Salustio, a los Coecios y a los Delios y a toda la cohorte de la primera promoción de los campamentos de los enemigos; ya debía a su clemencia a los Domicios, a los Mesalas, a los Asinios, a los Cicerones, a toda la flor de la ciudad. ¡Cuánto tiempo tuvo que esperar que Lépido muriese! Durante muchos años soportó que

llevase los distintivos de príncipe y no consintió que se le transfiriese el sumo pontificado sino después de su muerte, pues prefirió que se le llamase honor y no despojo. Esta clemencia le llevó a salvación y a seguridad, le hizo grato y amado, aunque impuso su yugo a las cabezas del pueblo romano, que aún no estaban acostumbradas a él; esta clemencia, aun hoy, le da fama, que apenas se aviene a servir a los príncipes mientras están vivos. Creemos que fue un dios, no porque se nos haya mandado; confesamos que fue un buen príncipe Augusto y que le convino el nombre de Padre de la Patria no por otra causa, sino porque los ultrajes que se le hacían, los cuales suelen ser más amargos a los príncipes que las injurias, no los perseguía con crueldad, porque se reía de los dichos que le agraviaban, porque, cuando imponía castigos, parecía que los sufría, porque a todos los que condenó a muerte por el adulterio de su hija, no sólo no los mató sino que, al enviarlos donde estuvieran más seguros, les dio salvoconductos. Esto es perdonar: sabiendo que son muchos los que están dispuestos a secundar tu ira y a obsequiarte con sangre ajena, no dar solamente la vida, sino garantizarla.

XI. Esto hizo Augusto, ya anciano o en los años que le inclinaban a la vejez; en la juventud fue impetuoso, ardió de ira, hizo muchas cosas a las que volvía los ojos de mala gana. Nadie osará comparar a tu mansedumbre la del divino Augusto, aunque entrasen en la competencia tus años juveniles y su vejez más que madura; fue moderado y clemente, pero después de haber manchado las aguas de Accio con sangre romana, después de destrozar en las costas de Sicilia su armada y la del enemigo, después de las inmolaciones de Perusa y de las proscripciones. Yo no llamo clemencia a la crueldad cansada; la verdadera clemencia es que tú practicas, ¡oh César!, que no comenzó por el arrepentimiento de la crueldad, que no tiene mancha alguna, que no derramó la sangre de los ciudadanos; la muy verdadera templanza del ánimo en la cumbre del poder y el amor del género humano, tan generoso como el de sí mismo, no intentan experimentar, pervertidos por una baja pasión o por temeridad de ingenio o por los ejemplos de los antepasados, hasta dónde llega su poder en los ciudadanos, sino que embota la espada de su poder. Tú has hecho, ¡oh César!, una ciudad incruenta y esto otro de que te glorías magnánimamente: no haber derramado en todo el orbe una sola gota de sangre, lo que es tanto más grande y admirable cuanto a nadie tan joven se le confió la espada.

La clemencia, por lo tanto, no sólo nos hace más honorables, sino más seguros, siendo a la vez ornamento de los imperios y su salvación más segura. ¿Por qué en efecto, mientras que los reyes envejecen y pasan sus reinos a sus hijos y nietos, el poder de los tiranos es execrable y breve? ¿Qué diferencia hay entre un tirano y un rey (porque aparentemente es igual su fortuna y su poder), sino que los tiranos son crueles por placer y los reyes tan sólo con causa y por necesidad?

XII. ¿Pero qué? ¿No suelen matar también los reyes? Sí, pero cuando persuade hacerlo la utilidad pública. Los tiranos llevan su crueldad en el corazón. El tirano se diferencia del rey por los hechos y no tan sólo de nombre; pues con derecho y con razón Dionisio el Viejo puede preferirse a muchos reyes y ¿qué impide que se llame tirano a L. Sila, que no dejó de matar hasta que no se acabaron los enemigos?
Aunque hubiese descendido de su dictadura y se hubiese vuelto a su toga ¿qué tirano hubo nunca que bebiese tan ávidamente la sangre humana como éste, que mandó matar a siete mil ciudadanos romanos, y oyendo desde el templo de Belona, en cuyas cercanías estaba sentado, el clamor de tantos millares gimiendo bajo la espada, dijo al Senado aterrorizado: "Continuemos, padres conscriptos; están ejecutando por orden mía a unos pocos sediciosos". En esto no mintió; a Sila le parecían pocos. Pero volveremos a Sila dentro de poco, cuando investiguemos cómo ha de ser la ira contra los enemigos, si es que hay ciudadanos que, separándose del mismo cuerpo, pasen a la condición de enemigos: mientras tanto, como venía diciendo, la clemencia hace que haya gran diferencia entre rey y tirano, aunque uno y otro anden rodeados de armas; pero el rey tiene las armas para emplearlas en defensa de la paz; el tirano, para reprimir odios grandes con gran miedo y no mira tranquilo ni siquiera aquellas mismas manos a las que se confía. Unos excesos le llevan a los excesos contrarios, pues siendo odiado porque es temido, quiere ser temido porque es odiado, y se apropia aquel execrable verso que llevó a tantos a la perdición: Ódienme con tal de que me teman - ignorando cuánta rabia nace, cuando los odios crecen inmoderadamente.

Porque un temor moderado cohíbe los ánimos, mas el continuo y violento, que evoca los mayores extremos, excita a los abatidos a la audacia y los persuade a intentarlo todo. Se contiene a las fieras con una valla de cuerdas y plumas, pero si un jinete las acosa por detrás con dardos, intentarán la fuga a través de lo mismo de que antes huían y pisotearán su miedo. El valor más terrible es el que provoca la extrema necesidad. Conviene que el miedo deje alguna seguridad y muestre más esperanza que peligro; de lo contrario, cuando los que están tranquilos temen iguales peligros, prefieren lanzarse a ellos y sacrificar la vida ajena.
XIII. Al rey pacífico y tranquilo son fieles todos sus recursos, porque los emplea para el bien común, y el soldado glorioso (pues ve que sirve a la seguridad pública) sufre gustoso los trabajos, como guardián del que es padre de todos; pero el feroz y sanguinario necesariamente ha de ser gravoso a sus mismos satélites. No puede tener servidores de buena y fiel voluntad quien los emplea en los tormentos como potros y herramientas de muerte, les arroja hombres para que los maten como a las fieras; más angustiado y preocupado que los mismo reos, porque teme a los hombres y a los Dioses, testigos y vengadores de sus crímenes, llega a tal punto que ya no puede cambiar de costumbres. Porque lo peor que, entre otras cosas, tiene la crueldad, es que hay que perseverar en ella y no deja volver

a mejores sentimientos: los crímenes, en efecto, han de defenderse con nuevos crímenes. ¿Qué desgracia mayor que la de ser malo por necesidad? ¡Oh, cómo es de compadecer, al menos por sí mismo! Pues en los demás sería un crimen compadecerse de éste, que ejerció su poder en matanza y robos, que se hizo sospechosas todas las cosas, tanto las de fuera como las de la casa, que por miedo de las armas ha de recurrir a las armas, que no cree ni en la fidelidad de los amigos, ni en el cariño de los hijos; que cuando mira a su alrededor, lo que hizo y lo que ha de hacer, y abre su conciencia llena de crímenes y tormentos, a veces teme la muerte y con mayor frecuencia la desea, más aborrecible para sí mismo que para los que le sirven. Por el contrario, el que cuida todas las cosas y protege a unas más y a otras menos; quien a ninguna parte de la República deja de nutrir como si fuera él mismo; quien es propenso siempre a las medidas suaves, manifestando, aunque por necesidad tenga que castigar, cuán de mala gana utiliza los remedios ásperos; en cuyo ánimo no hay nada hostil y nada feroz, y ejerce su poder plácida y saludablemente deseando que sus súbditos aprueben sus órdenes; que se cree dichoso, si puede comunicar su fortuna, y es afable de palabra, accesible, de cariñoso semblante, se hace querer por el pueblo, es amable, inclinado a los deseos justos, no amargo, ni aun para los malos, por toda la ciudad es amado, defendido, venerado. De él los hombres dicen lo mismo en público que en secreto. Desean tener hijos y la esterilidad, indicio de los males públicos, desaparece: nadie duda merecer bien de sus hijos, dándolos a la luz en tal siglo. Este príncipe, seguro por su clemencia, no necesita de guardias y tiene las armas como adorno.

XIV. ¿Cuál es, pues, su deber? El de los buenos padres, que acostumbran a reprender a sus hijos a veces con blandura, a veces con amenazas, y en ocasiones los castigan con azotes. ¿Acaso alguien que esté cuerdo deshereda a su hijo a la primera ofensa? A no ser que grandes y muchas injurias vencieran su paciencia y sea más lo que teme que lo que castiga, no pasa a la sentencia irrevocable; antes ensaya muchas cosas para reformar un carácter indeciso y ya inclinado a lo peor; cuando el caso es desesperado, acude a que decida la pluma. No se llega a imponer suplicios sino cuando se agotaron los remedios. Lo que hace el padre, ha de hacer también el príncipe, a quien llamamos Padre de la Patria no llevados por vana adulación. Porque los demás sobrenombres son honoríficos; los llamados grandes y felices y augustos y hemos aglomerado sobre su ambiciosa majestad todos los títulos que pudimos, atribuyéndoselos por honor; pero les llamamos padres de la patria para que supieran que les ha sido dado la patria potestad, que es la más moderada porque mira por los hijos y pospone al de ellos el bien propio. Se amputa el padre un miembro lo más tarde posible; aun amputado, desea tenerlo de nuevo en su lugar; al amputarlo, gime vacilando mucho y por mucho tiempo; porque está cerca de condenar gustosamente, quien condena pronto; y está cerca de castigar injustamente, quien castiga demasiado.

XV. Recuerdo a Tricón, caballero romano, que por haber dado muerte a su hijo a latigazos, fue apuñalado en el Foro por el pueblo; a duras penas la autoridad de Augusto César lo libró de las manos tanto de los padres como de los hijos, irritados contra él. Tario, que sorprendió a su hijo en tentativa de parricidio y lo condenó después de proceso, fue admirado por todos, porque se contentó con desterrarlo en un destierro benigno en Marsella y continuó pasándole tanta renta como acostumbraba a darle antes; por esta liberalidad nadie dudó, en una ciudad en que la que nunca faltan defensores a los peores, que fue condenado con razón cuando pudo condenarle un padre que no pudo odiarle.

Con este mismo ejemplo te daré buen príncipe, que compares a un buen padre. Cuando iba a juzgar a su hijo, Tario llamó a su consejo a César Augusto; vino éste a casa ajena, se sentó, tomó parte en un consejo ajeno, no dijo: "Mejor que él venga a mi casa", porque si así lo hubiera hecho, el juicio hubiera sido del César y no del padre. Oída la causa y discutidas todas las pruebas, tanto lo que el joven alegó en su defensa como lo que estaba contra él, pidió que cada cual diese por escrito su fallo para que no fuese el de todos el que diera César; después, antes que se abrieran los escritos, juró que no aceptaría la herencia de Tario, hombre rico. Diría alguien: "Es de hombre pusilánime temer que pareciese que abría lugar a su esperanza con la condenación del hijo". A mí me parece lo contrario; cualquier de nosotros debiera tener bastante confianza en su buena conciencia contra las opiniones malignas, pero los príncipes deben atender a lo que la fama diga. Juró que no reclamaría la herencia. Cierto que Tario perdió el mismo día a otro heredero, pero César compró la libertad de su sentencia: y después que hubo probado que su severidad era desinteresada, de lo que siempre ha de cuidar el príncipe, dijo que fuera desterrado a donde le pareciera al padre. No decretó ni el suplicio del saco, ni el de las serpientes, ni la cárcel, acordándose, no de a quien juzgaba, sino de aquel a cuyo consejo asistía; dijo que el padre debía contentarse con el más suave género de pena para un hijo adolescente, que había sido impulsado a este crimen, en el que había procedido con una timidez, cercana a la inocencia; que debía apartarlo de la ciudad y de los ojos del padre.

XVI. ¡Oh príncipe digno de ser llamado a consejo! ¡Oh príncipe digno de ser instituido coheredero con los hijos inocentes! Ésta es la clemencia que conviene al príncipe; adonde quiera que vaya, hace las cosas más suaves.

Ninguno sea tan vil para el rey, que éste no sienta que perezca; sea como fuera, forma parte del imperio. De las cosas chicas tomemos ejemplo para los grandes imperios. No hay una sola manera de gobernar; gobierna el príncipe a sus ciudadanos, el padre a los hijos, el maestro a sus discípulos, el tribuno o el centurión a los soldados. ¿Acaso no parecerá un pésimo padre el que castiga a sus hijos con azotes continuos por causas ligerísimas? ¿Y qué preceptor es más digno de enseñar las artes liberales; el que desuella a sus discípulos, si les falla la memoria, o si los ojos no

fueron ágiles en la lectura, o el que con advertencias y apelaciones al pundonor prefiere enmendarlos y enseñarlos? Por un tribuno o un centurión cruel; hará desertores a los que habría que haber perdonado. ¿Acaso es equitativo que se mande a los hombres más pesada y duramente que se manda a los animales irracionales? Pues el domador no atemoriza al caballo con frecuentes latigazos, porque se hace asustadizo y rebelde, sino que lo halaga con blandas caricias. Lo mismo hace el cazador tanto si adiestra a los cachorros a seguir los rastros, como si emplea a los ya adiestrados en levantar y perseguir las fieras; ni los amenaza con frecuencia (porque quebrantaría su ánimo y disminuiría su instinto con miedo enervador), ni les concede licencia de vagabundear y de ir de un lado para otro a su antojo. A esos ejemplos puedes añadir el de las bestias de carga, aun las más perezosas, que aunque han nacido para los malos tratos y las miserias, la crueldad excesiva las obliga a sacudirse el yugo.

XVII. Ningún animal más indócil que el hombre, ni que haya de ser tratado con mayor arte, ni que haya menester de más indulgencia. ¿Qué hay de verdad, más insensato que avergonzarse de descargar la ira sobre los jumentos y los perros, y que la peor condición sea la que tiene el hombre bajo el hombre? Curamos las enfermedades, no nos enfadamos con ellas; pues ésta es una enfermedad del alma; exige una medicina suave y un médico que en manera alguna sea desabrido con el enfermo. De mal médico es desesperar de su arte para curar; lo mismo ha de hacer con aquellos cuyos ánimos están enfermos aquel que tiene confiada la salvación de todos: no perder pronto la esperanza, ni diagnosticar como mortales los síntomas; luche con los vicios, resista, reproche a unos su mal, engañe a otros con suave tratamiento, porque los ha de sanar más pronto y mejor disfrazando los medicamentos; preocúpese el príncipe no sólo de la curación, sino de no dejar cicatrices deshonrosas. Ninguna gloria redunda en el rey de un castigo cruel (porque ¿quién duda de que puede imponerlo?) y, por el contrario, la alcanza muy grande si modera su violencia, si libra a muchos de la ira ajena y no sacrifica a nadie a la suya.

XVIII. Laudable es mandar con moderación a los esclavos. También en el esclavo se ha de pensar no cuánto puede ser castigado impunemente, sino cuánto te lo permiten la justicia y la bondad, que mandan perdonar hasta a los cautivos y comprados por dinero. ¡Con cuánta más justicia mandan no abusar de hombres libres, noble, honrados, como si fueran esclavos, sino tratarlos como a quienes sólo superas en jerarquía y de los que se te ha confiado no la servidumbre, sino la tutela!

Los esclavos tienen derecho de asilo acercándose a una estatua; y estando con el siervo todo permitido, hay algo que veda hacer con el hombre el derecho común de los vivientes. ¿Quién no odiaba, aun más que sus propios esclavos, a Vedio Polión, que cebaba a las murenas con sangre humana y mandaba arrojar a los que le ofendían a un vivero lleno de serpientes? ¡Oh hombre digno de mil muertes, tanto si, para después

comérselas, arrojaba a las murenas a los siervos para que los devoraran, como si tan sólo las tenía para alimentarlas de este modo!

Así como los amos crueles se señalan en toda la ciudad y son aborrecidos y detestados, así la injuria que cometen los reyes se hace aun más patente y su infamia y su odio pasan de siglo en siglo; ¡cuánto mejor les hubiera sido no nacer que ser contados entre los que nacieron para desgracia de los pueblos!

XIX. Nadie podrá pensar cosa que más convenga al que manda que la clemencia, sean los que quieran el modo y el derecho con que haya sido colocado sobre los demás. Confesaremos que es más honroso y magnificente cuanto mayor es su poder, que no podrá ser nocivo, si se ajusta a la ley de la naturaleza. La naturaleza, en efecto, instituyó la realeza, como podemos conocer por los otros animales y, sobre todo, por las abejas, cuyo rey ocupa la celdilla más espaciosa en el lugar más céntrico y seguro; además, no hace trabajo propio alguno para poder impulsar el trabajo de los demás, y perdido el rey, todo se desmorona; nunca toleran más que a uno y buscan al mejor en la lucha, además es el rey de gran hermosura y diferente de los demás tanto en tamaño como por la brillantez de sus colores. Sin embargo, se distingue principalmente de los demás en que, siendo las abejas sumamente irascibles y para su tamaño extremadamente tenaces hasta el punto de que dejan en la herida el aguijón, el rey carece de aguijón, porque como no quiso la naturaleza que fuera cruel, ni que buscara venganzas muy caras, le quitó el dardo y dejó desarmada su ira.

Gran ejemplo éste para los grandes reyes; porque acostumbra la naturaleza ejercitarse en las cosas pequeñas y dar en ellas enseñanzas de cosas grandes. Avergüéncenos no imitar a los animales pequeños, cuando el ánimo de los hombres debe ser tanto más moderado cuando daña más perjudicialmente. ¡Ojalá el hombre tuviese la misma ley y se rompiesen sus armas con su cólera y no pudiese hacer daño más que una sola vez, ni satisfacer su odio con fuerzas ajenas! Porque fácilmente se cansaría su furor si hubiera de satisfacerlos por sí mismo y no ejerciera su violencia sino con peligro de su vida. Sin embargo, ni con los medios actuales se le puede dar curso con seguridad; porque es necesario que tema tanto cuanto quiso ser temido y que vigile las manos de todos y, aun en los tiempos en que no se conspira, que se imagine que se le persigue y que no esté en ningún momento libre de temores. ¿Hay quién soporte llevar una vida así, cuando es posible, sin hacer daño a los demás y, por consiguiente, sin temor, ejercer con alegría de todos los saludables derechos del poder? Porque se equivoca quien piense que está seguro el rey donde no hay nadie seguro para él; la seguridad no se obtiene sino con seguridad recíproca. No es necesario construir altas ciudadelas, ni fortificar las escarpadas pendientes de las colinas, ni cortar los flancos de las montañas, ni rodearse de muchos muros y torreones; la clemencia

mantendrá al rey a salvo a la vista de todos. La única fortaleza inexpugnable es el amor de los ciudadanos.

¿Qué más hermoso que vivir porque lo deseen todos, con votos libremente expresados y no arrancados por la coacción?, ¿que si vacila un poco la salud, no se excite la esperanza de los hombres, sino su miedo?, ¿cuando nadie tiene nada tan precioso que no quiera cambiarlo por la salud del príncipe? ¡Oh, que a quien tal suceda, se haga un deber el vivir! para esto demostró con tan continuas pruebas que no es suya la República, sino él de la República. ¿Quién se atreverá a crear algún peligro a este gobernante? ¿Quién, si le fuera posible, no querría verle apartado de los reveses de la fortuna a éste, bajo el cual florecen la justicia, la paz, el pudor, la seguridad y la dignidad, bajo el cual la opulenta ciudad abunda en toda clase de bienes? Y no mira a su gobernante con otros sentimientos que los que tendría, si los Dioses inmortales nos diesen la potestad de verlos, al mirarlos, venerándolos y dándoles culto. Pues ¿qué?, ¿no tiene un lugar próximo a ellos quien se porta según la naturaleza de los Dioses, siendo benéfico, liberal y generoso para hacer el bien? Esto es lo que conviene desear e imitar: ser considerado como el más grande hombre solamente si a la vez se es considerado como el más bueno.

XX. Por dos causas acostumbra a castigar el príncipe: o por vengarse a sí mismo o por vengar a otro. Primeramente trataré de la parte que le concierne a él, porque es más difícil moderarse cuando la venganza se debe al dolor que cuando se debe a la ejemplaridad. Es superfluo advertir aquí que no ha de dar crédito fácilmente, que ha de escudriñar la verdad, que ha de favorecer la inocencia y que ha de saberse, como es claro, que el asunto de que se trata no interesa menos al juez que al acusado, porque todo esto pertenece a la justicia y no a la clemencia; a lo que ahora le exhortamos es a que, aunque haya sido manifiestamente herido, no pierda el dominio sobre sí mismo y condone la pena, si puede hacerlo sin peligro, y si no, la mitigue y sea mucho más indulgente con las injurias que a él le hagan que con las ajenas. Porque del mismo modo que no es magnánimo el que es liberal de lo ajeno, sino el que se quita a sí lo que da a otro, así llamaré clemente no al que es fácil al dolor ajeno, sino al que no salta, a pesar de ser pinchado, al que comprende que es de un gran ánimo tolerar las injurias en la cumbre del poder y que para él nada hay más glorioso que el que se pueda ofender al príncipe impunemente.

XXI. La venganza suele producir dos resultados: o trae consuelo al que recibió la injuria o le da para en adelante seguridad. La fortuna del príncipe es tan grande, que no necesita de consuelo, y su fuerza, tan manifiesta, que no ha de buscar en el mal ajeno la reputación de fuerte. Digo esto cuando es atacado y ultrajado por los inferiores, pues si a los que tuvo alguna vez por iguales, los ve debajo de sí, ya está bastante vengado. Al rey lo mata un esclavo, una serpiente, una saeta, pero nadie puede salvarlo si no es mayor que él. Debe, pues, usar animosamente de

un don tan grande como el que le han concedido los Dioses, haciéndole tan poderoso para dar y quitar la vida. Sobre todo con aquellos que sabe que en otro tiempo estuvieron a su misma altura, habiendo alcanzado este poder, ya satisfizo y colmó su venganza, tanto cuanto basta para una verdadera pena; porque ha perdido la vida quien la debe, y quien derrocado de lo alto a los pies del enemigo ha de esperar la sentencia de otro sobre su cabeza y su reino, vive para gloria del que lo salvó y le da más fama estando a salvo que si se le hubiese quitado de la vista del mundo. Porque es un espectáculo permanente de la virtud ajena; en un desfile triunfal hubiese pasado muy pronto. Mas si pudo sin peligro ser también dejado en su reino y repuesto en el trono del que había caído, aun es todavía mayor la alabanza del que se contentó con no tomar del rey vencido otra cosa que la gloria. Porque esto es también triunfar de su victoria y atestiguar que no había encontrado nada en los vencidos que fuera digno del vencedor. Con los ciudadanos desconocidos y bajos ha de proceder tanto más moderadamente cuanto menor es el mérito de haberlos vencido. A unos perdónales de buena gana, desdeña vengarte de los otros y de otros retira la mano, como de los animales pequeños que manchan al que los aplasta; pero con aquellos, de cuyo perdón o castigo ha de hablar toda la ciudad, ha de aprovecharse la ocasión que proporcionan de manifestar la clemencia.

XXII. Pasemos a las injurias hechas a otros, en cuyo castigo la ley persigue estas tres cosas, que el príncipe también debe proponerse: o la enmienda del que se castiga, o que su castigo haga mejores a los demás o que, quitando a los malos, los demás vivan tranquilos. Más fácilmente los enmendarás con menor castigo, porque se vive con más cuidado cuando aún queda algo intacto. Nadie respeta la dignidad perdida; es una especie de impunidad no dar ya lugar al castigo. En cuanto a las costumbres de la ciudad, más bien las corrige la parvedad de los castigos; porque la multitud de los delincuentes habitúa al pecado, y la sanción es menos pesada cuando la alivia la turba de los que son condenados, y la severidad, que es mayor remedio, pierde eficacia con la frecuencia. Fomenta el príncipe las buenas costumbres en la ciudad y extirpa los vicios, si los tolera pacientemente, no porque los apruebe, sino porque no los castigue sino de mala gana y con gran repugnancia. La clemencia del príncipe hace que el delito avergüence, y parece mucho más grave la pena que se impone por un hombre clemente.

XXIII. Además verás que se cometen con frecuencia los delitos que se castigan con frecuencia. Tu padre cosió en el saco a muchos más que en todos los tiempos han sido cosidos. Mucho menos se atrevían los hijos a cometer el mas grave de los delitos mientras que fue un crimen no castigado por la ley. Con suma prudencia los más excelsos varones y mejores conocedores de la naturaleza humana prefirieron omitirlo como un crimen increíble y puesto fuera de la audacia humana que no, al sancionarlo, dar a entender que se podía cometer; y así los parricidas

empezaron con la ley y fue la pena lo que les sugirió el delito; quedó muy mal parado el cariño filial cuando con más frecuencia vimos sacos con cruces. En la ciudad en que rara vez se castiga, se hace como un compromiso de no salir de la inocencia y se la fomenta como a un bien público. La ciudad que piense que es inocente lo será; se indignará más con los que se separan del bien común, si ve que éstos son pocos. Créeme que es peligroso mostrar a la ciudad que son muchos los malos.

XXIV. Decretó una vez el Senado que los esclavos se distinguiesen de los libres en el vestido; inmediatamente se vio el peligro que amenazaba si nuestros esclavos empezaban a contarnos. Ten presente que lo mismo ha de temerse si no se perdona a nadie; porque en seguida se verá cuánto prepondera la parte mala de la ciudad. No son menos vergonzosos para un príncipe los muchos castigos que para un médico los muchos entierros; se obedece mejor al que manda con más benignidad. El ánimo humano es de naturaleza rebelde y lucha con las contradicciones y asperezas y más bien sigue que no se deja ser conducido; y así como los caballos nobles y generosos se gobiernan mejor con un freno suave, así la bondad natural sigue a la clemencia por su propio impulso y la ciudad la cree digna de conservarla para sí. Se aprovecha, pues, más por este camino.

XXV. La crueldad es un mal nada humano e indigno de la dulzura de nuestra naturaleza; rabia de fieras es complacerse en la sangre humana y en las heridas y, dejando de ser hombre, convertirse en un animal salvaje. Yo te pregunto, Alejandro, ¿qué diferencia hay entre que eches a los leones a Lisímaco o que tú lo destroces con tus propios dientes? Porque es tuya aquella boca, y tuya, aquella fiereza. ¡Oh, cómo desearías tener tú mismo aquellas zarpas y aquellas fauces, bastante anchas para tragar a un hombre! No exigimos de ti que esa mano, que lleva a los amigos a muerte segura, sea a alguien saludable, que este tu ánimo feroz, insaciable mal de las naciones, se calme sin muertes ni estragos; ya para ti se llama clemencia elegir un hombre como verdugo para matar a un amigo. La razón por la cual más ha de abominarse de la crueldad es que primero traspasa los límites acostumbrados; después, los humanos; busca nuevos suplicios, llama en su ayuda al ingenio para que invente instrumentos con los que el dolor sea más vario y más largo: llega esta terrible enfermedad del ánimo a la cumbre de la locura cuando la crueldad se convierte en un placer y ya agrada matar a un hombre. Pronto a tal hombre le siguen ocultamente la aversión, el odio, los venenos, las espadas; le acechan muchos peligros, como de muchos; él es un peligro; está rodeado unas veces por conspiraciones privadas, otras por la consternación pública. Una injuria leve y particular no subleva ciudades enteras; cuando empieza el furor a extenderse y acomete a todos, en todas partes se hiere. Las serpientes pequeñas se esconden y no se buscan públicamente; pero si alguna traspasa el tamaño ordinario y crece hasta ser un monstruo, cuando infecciona con su baba las fuentes y con su aliento quema y destruye, entonces por dondequiera que va, la atacan con saetas. Los

males pequeños pueden excusarse y pasar desapercibidos; a los grandes hay que salirles al encuentro. Así un solo enfermo no perturba la casa, pero cuando por las frecuentes muertes se evidencia que hay peste, toda la ciudad grita y huye y pone mano hasta en los mismo Dioses. Bajo un solo techo apareció la llama; la familia y los vecinos le echan agua, pero cuando el incendio es grande y se ha alimentado ya en muchas casas, se derriba para aislarle, parte de la ciudad.

XXVI. Las manos de los esclavos, aun bajo la amenaza cierta del suplicio de cruz, vengaron la crueldad de los particulares, la de los tiranos, las naciones y los pueblos que la sufrían o a los que amenazaba esforzándose en exterminarla. Algunas veces sus mismas tropas se sublevaron contra ellos, y la perfidia y la crueldad y la fiereza que habían aprendido de ellos, en ellos las ejercieron. Porque ¿qué se puede esperar del hombre a quién se ha enseñado a ser malo? La maldad no obedece por mucho tiempo, ni hace cuanto se le manda. Pero supone que la maldad está segura, ¿cómo es su reino? Su aspecto no es otro que el de las ciudades tomadas por asalto, y su faz es la terrible del miedo público. Todo, triste, tembloroso, confuso; hasta los mismos placeres se temen; no van tranquilos a los convites, en los que cuidadosamente han de guardar la lengua aun los que están ebrios, ni a los espectáculos, en los que se busca pretexto para la acusación y el crimen. Aunque se hagan grandes gastos para prepararlos, y se hagan con pompa real e intervengan los artistas más famosos ¿a quién le agradan en la cárcel?

¿Qué maldad, ¡oh Dioses buenos!, esta de matar, ensañarse, deleitarse con el ruido de las cadenas, degollar a los ciudadanos, derramar mucha sangre dondequiera que se vaya, y aterrorizar con su aspecto y hacer huir? ¿Sería de otro modo la vida, si reinaran los leones y los osos, si se diera poder sobre nosotros a las serpientes y a cualquier otro animal muy dañoso? Ellos, que carecen de razón y están condenados por nosotros como feroces, se abstienen con los suyos, y, aun entre las fieras, la semejanza es garantía de seguridad; pero la rabia del tirano no perdona ni aun a sus familiares, sino que tiene por iguales a los extraños y a los propios y cuanto mas se ejercita, más se incita. De las matanzas de los individuos se desliza fácilmente a la destrucción de las naciones y piensa que es señal de poder prender fuego a los techos y meter el arado en las ciudades antiguas; y cree que matar a uno o dos es poca muestra de poder; como no caiga de un solo golpe todo un rebaño de infelices, cree que su crueldad está cohibida.

La felicidad consiste en salvar a muchos y volverlos de la misma muerte a la vida y en merecer la clemencia la corona cívica. Ningún ornamento más digno de la majestad de un príncipe, ni más hermosa que esta corona por haber salvado a los ciudadanos, y no las armas hostiles arrebatadas a los vencidos, ni los carros de los bárbaros manchados con sangre, ni los despojos ganados en la guerra. Salvar pueblos enteros es

poder divino; matar a muchos y sin discriminación es el poder del incendio y de la ruina.

Libro Segundo

I. Impulsóme principalmente a escribir de la clemencia, oh Nerón César, una frase tuya, que recuerdo que ni la oí cuando la dijiste, ni la he repetido después a otros sin admiración: frase generosa, magnánima, de gran dulzura, que sin preparación y sin destinarla a oídos ajenos brotó de tí espontáneamente y mostró tu bondad en pleito con tu fortuna. Tu prefecto Burro, varón egregio, y nacido para servir a un príncipe como tú, obligado a castigar a dos ladrones, te pedía que le escribieses los nombres de los culpables y las causas por las que querías castigarlos; habías diferido con frecuencia hacerlo y él te instaba. De mala gana te alargó y te entregó el pergamino a tí que tenías aún menos ganas, y tú exclamaste: "¡Ojalá no supiera escribir!" ¡Oh palabras dignas de ser oídas por todos los pueblos que habitan el Imperio romano, y por los que están a su vera con una libertad dudosa, y por los que contra él se levantan con todas sus fuerzas y su valor! ¡Oh palabras que debieran pronunciarse en asamblea de todos los mortales para que por ella jurasen los príncipes y los reyes! ¡Oh palabras dignas de la inocencia del género humano, devuelto a aquella su pasada edad! Ahora ciertamente convenía concordar con lo bueno y lo justo, desterrar la codicia de lo ajeno, de la que nace todo el mal del ánimo, despertar la piedad y la integridad a la vez que la fidelidad y la moderación; y que los vicios, después del abuso de su largo reinado, dieran por fin paso a un siglo feliz y puro.
II. Que así en gran parte ha de ser, oh César, es grato esperarlo y vaticinarlo. Se propagará esta dulzura de tu ánimo y se difundirá poco a poco el cuerpo del Imperio y todas las cosas se formarán a tu semejanza. De la cabeza desciende la buena salud; de ella viene que todo el organismo esté lozano y vigoroso o abatido por la languidez, según que el espíritu viva o desfallezca. Serán los ciudadanos, serán los aliados dignos de esta bondad y volverán a todo el orbe las buenas costumbres: en todas partes desaparecerá la violencia. Sufre que me detenga aquí un poco más, no para halagar a tus oídos (porque no es esa costumbre mía: prefiero

molestar con la verdad que agradar adulando) ¿Cuál es entonces mi objeto? Además de mi deseo de que te sean muy familiares tus buenos dichos y hechos para que lo que ahora es temperamento e impulso se haga criterio, considero conmigo mismo que muchas frases grandes, pero detestables se han introducido en la vida humana y se han hecho célebres y conocidas de todos como ésta: "Odiénme con tal de que me teman", a la cual es muy parecido el verso griego de aquel que manda que, al morir él, se consuma en llamas la tierra, y otras semejantes. Pero no sé cómo los ingenios en una materia tan monstruosa y aborrecible expresaron sentimientos tan vehementes y agitados con palabras tan felices; en cambio, no he oído hasta ahora ninguna frase apasionada de lo bueno y dulce. ¿Qué, pues, concluir? Que rara vez, de mala gana y con muchas vacilaciones es necesario que escribas eso mismo que te hizo odiosa la escritura, pero, como ahora lo haces, con muchas dudas y largas dilaciones.

III. Y para que alguna vez no nos engañe el seductor nombre de la clemencia y nos lleve al extremo opuesto, veamos qué sea la clemencia, en que consiste y qué límites tenga.

La clemencia es la templanza del ánimo en la venganza o la lenidad del superior para con el inferior en el señalamiento de las penas. Es más seguro proponer varias definiciones, no resulta una sola poco comprensiva y, por así decirlo, el pleito no se falle; así, pues, también puede decirse que es la lenidad del ánimo en exigir la pena. Otra definición que encontrará contradictores, aunque sea la que más se acerca a la verdad, es si decimos que la clemencia es la moderación que perdona algo de la pena merecida y debida: se objetará que ninguna virtud hace a nadie menos de lo debido. Sin embargo, todos comprenden que es clemencia detenerse más acá de lo que podría imponerse con justicia.

IV. Lo contrario a ella piensan los ignorantes que es la severidad; pero ninguna virtud es contraria a otra virtud. ¿Qué es pues, lo que se opone a la clemencia? La crueldad, que no es otra cosa que la dureza del alma en la imposición de los castigos. "Pero hay algunos que no imponen penas y, sin embargo, son crueles, como los que matan a los hombres desconocidos con que se encuentran no por lucro, sino por matar, y no contentos con matarlos, se ensañan en ellos, como aquel Busiris y Procustes y los piratas, que azotan a los que cogen y los queman vivos". Cierto que esto es crueldad; pero como no se propone el castigo (porque no ha habido ofensa), ni se enoja por ningún delito (pues no precedió ningún crimen), cae fuera de nuestra definición; porque la definición se refería a la intemperancia del ánimo al imponer los castigos. Podemos decir que esto no es crueldad, sino ferocidad, para la cual la sevicia es un placer; podemos llamarla locura, pues son varias sus clases y ninguna tan cierta como la que llega a la matanza de los hombres y a los descuartizamientos. Por consiguiente, llamaré moderación, como Falaris, del que se dice que no sólo se ensañaba con los hombres inocentes, sino sobre toda moderación

humana y aprobada. Para huir de cavilaciones podemos definir la crueldad como la inclinación del ánimo a las cosas más rigurosas. A ésta la repele la clemencia y la manda estar lejos de sí; en cambio, se lleva bien con la severidad.

Es pertinente investigar en este lugar qué es la misericordia, pues muchos la alaban como si fuera una virtud y al hombre bueno le llaman misericordioso. Y es la misericordia un vicio del ánimo. La crueldad y la misericordia están muy cerca la una de la severidad y la otra de la clemencia y ambas deben ser evitadas, porque bajo apariencias de severidad caemos en crueldad y bajo apariencias de clemencia en la misericordia. En ésta es más ligero el error en que se incurre, pero es igual al error de los que se apartan de la verdad.

V. Luego del mismo modo que la religión da culto a los Dioses y la superstición lo viola, así también todos los hombres buenos mostrarán clemencia y mansedumbre, pero evitarán la misericordia, porque es el vicio de la gente pusilánime que sucumbe ante los males ajenos. Por eso es familiarísima a los peores; son las viejas y las mujercillas las que se conmueven con las lágrimas de los criminales y las que, si pudieran, les abrirían las puertas de las cárceles. La misericordia no tiene en cuenta la causa, sino el infortunio; la clemencia va unida a la razón.

Sé que entre los ignorantes se habla mal de la doctrina de los estoicos, como si fuera excesivamente dura y no diera en manera alguna buen consejo a los príncipes y reyes; se le reprocha que prohíbe al sabio compadecerse, que le prohíbe perdonar. Y, efectivamente, si se expone así, es una doctrina odiosa, porque parece que no deja ninguna esperanza a los errores humanos, sino que impone castigo a todos los delitos. Si fuera así, ¿qué ciencia sería ésta, que manda despojarse de la humanidad y cierra el puerto más seguro para la mala fortuna, que es el auxilio mutuo? Pero no hay ninguna doctrina más benigna, ni más suave, ninguna más amante de los hombres y más atenta al bien común de modo que su propósito es servir y auxiliar no solamente a uno mismo, sino tener en cuenta a todos y a cada uno de los hombres. La misericordia es la enfermedad del ánimo a la vista de las miserias ajena o la tristeza ocasionada por los males ajenos, que cree sobrevenidos a los que no los merecían; pues bien, la enfermedad no alcanza al hombre sabio, porque su mente está despejada y nada puede sucederle que la ofusque. Nada conviene al hombre tanto como la grandeza del alma, pero no puede ser a la vez grande y triste. La tristeza derriba, deprime y encoge las mentes; esto no sucederá al sabio ni siquiera en sus propias desgracias, sino que mantendrá siempre el mismo rostro plácido, impasible, lo que no podría hacer, si se dejase dominar por la tristeza.

VI. Añade que el sabio es previsor y tiene expeditas sus resoluciones, mas nunca lo transparente y puro viene de lo turbio. La tristeza no es hábil para discernir las cosas, calcular lo útil, evitar lo peligroso, estimar lo justo; luego no compadece porque esto no se hace sin miseria del alma.

Todo lo que quiero que hagan los que se compadecen, lo hará de buen grado y con alteza de alma: enjugará las lágrimas ajenas; pero sin llorar; dará la mano al náufrago, hospitalidad al desterrado, socorro al necesitado, pero no el socorro injurioso que la mayor parte de los que quieren parecer misericordiosos arroja con desdén a los que ayuda, de los cuales teme ser tocado, sino que lo que dé, lo dará como un hombre a otro hombre; devolverá el hijo a la madre que lo llora, mandará que se rompan las cadenas y que se le saque de la arena, y sepultará el cadáver aun del criminal, pero hará todo esto con una mente tranquila, sin alterar su rostro. Luego no se compadecerá el sabio, sino que socorrerá, aprovechará, como nacido para ayudar a todos y para el bien público, del que dará a cada uno su parte. Extenderá su bondad aun a los desventurados, a los que, cuando hay ocasión, reprende y enmienda, pero a los afligidos y a los más desgraciados los socorrerá de mucho mejor grado. Todas las veces que pueda, se interpondrá entre ellos y la fortuna; ¿de dónde en efecto, usará mejor sus bienes y de sus fuerzas que levantando lo que azar echó por tierra? No abatirá ni su rostro ni su ánimo porque la pierna de uno esté encajinada o el otro envuelva su delgadez en harapos o apoye su vejez en un bastón; pero ayudará a todos los dignos y, a la manera de los Dioses, mirará propicio a los desgraciados.

La misericordia es vecina de la miseria, porque tiene y toma algo de ella. Nota que son débiles los ojos que, ante las lágrimas ajenas, ellos mismos se empañan, tanto, a fe mía, como es enfermedad y no alegría reír siempre cuando otros ríen y abrir la boca al bostezo de todos; la misericordia es el vicio de los que se asustan demasiado de la miseria, y el que la exige del sabio está muy cerca de exigirle lamentos y gemidos en los funerales de un extraño.

VII. Pero ¿por qué no perdonará? Determinemos, por fin ahora qué es el perdón y sabremos que el sabio no debe concederlo. Perdón es la remisión de la pena merecida. Por qué el sabio no debe concederlo, lo explican largamente los que tienen este propósito; yo diré brevemente como en un juicio ajeno: "Se perdona a quien se debió castigar; pero el sabio ni hace nada que no deba, ni deja de hacer algo que deba; por esto, no condona la pena que debe imponer. Pero te dará lo mismo que por el perdón quieres conseguir, por otro camino más honesto, porque el sabio será tolerante, mirará por el bien ajeno, y corregirá: hace lo mismo que si perdonara, pero no perdona porque quien perdona omite algo que debió ser hecho. A uno amonestará tan sólo de palabras, sin infligirle castigo, mirando que está en edad de enmendarse; a otro claramente abrumado por la monstruosidad de su crimen, mandará que quede a salvo, ya porque fue engañado, ya porque cayó en la embriaguez: soltará sin hacerles daño a los enemigos, y a veces hasta los alabará, si emprendieron la guerra por causas honestas; por fidelidad, por alianza, por la libertad. Son obras todas éstas no de perdón, sino de clemencia. La clemencia tiene libre su albedrío; no juzga formulariamente, sino de acuerdo con la equidad y la bondad; le es lícito

absolver y tasar el pleito en lo que quisiere. Nada de esto lo hace como quien hace menos de lo justo, sino como quien tiene por lo más justo lo que ha decidido. Mas perdonar es no castigar a quien juzgas que ha de ser castigado; perdón es la remisión de la pena debida. Lo primero que hace la clemencia es declarar que los que liberta no han debido padecer más; es más completa y más honorable que el perdón. En mi opinión, es una controversia de palabra, pues sobre la cosa se está de acuerdo. El sabio perdonará muchas cosas, salvará a muchos de natural poco sano, pero curables. Imitará a los buenos labradores que no cultivan solamente los árboles derechos y altos, sino que a los que se torcieron por alguna causa, les aplican puntales para enderezarlos; a otros los podan para que las ramas no estorben el crecimiento; abonan a otros, que enferman por ser pobre el suelo, y abren el cielo a los que están cubiertos por sombra ajena. Verá el sabio de qué modo ha de ser tratado cada carácter, cómo se enderezan los torcidos..."

De este tratado nunca se encontró el final, se supone que pudo constar de tres libros, tal como su autor lo enuncia en el Libro Primero, punto III.
Lo que sigue son extractos del mismo Tratado, conservados en una carta por Hildeberto de Tours, en la epístola 1, 3 (CLXXI, 145, Migne)

"Propio de la clemencia es disminuir algo la sentencia que castiga. Quien no deja parte del crimen sin castigo, delinque. Es una culpa castigar toda la culpa. Se confiesa falto de misericordia aquel a quien le agrada todo lo que le es permitido.

Es en el príncipe una virtud gloriosa castigar menos de lo que lícitamente puede. Es una virtud ser arrastrado al castigo por la necesidad y no venir a él por placer. El clemente, cuando es ofendido, tiene como un dejo de lo grande y de lo divino.

El buen príncipe a nadie castiga sin pena y a nadie proscribe sin dolor. El buen príncipe persigue el crimen acordándose de que es un hombre al que castiga.

El buen príncipe se domina a sí mismo, sirve al pueblo, no desprecia la sangre de nadie; aunque sea de un enemigo, es de alguien que puede hacerse amigo; aunque sea de un criminal, es de un hombre. De quienquiera que sea, ya que no pudo dársela, piensa que es un crimen quitársela. Por eso su efusión es su confusión".

FIN DE "DE LA CLEMENCIA"